

Laberintos de interior de Ramiro Tapia

En la serie que el autor titula *-Laberintos de Interior-* la pintura se hace abiertamente simbólica. Los elementos icónicos se multiplican como consecuencia del incremento de la narratividad. El discurso se articula a través de ideogramas rescatados de la cultura judeo-cristiana e incluso anterior: soles, conos, cruces, moscas, serpientes, seres híbridos... Se trata, por tanto, de un sistema de signos que se manifiesta en una escritura sintética cercana al jeroglífico. Los ideogramas empleados en cada unidad compositiva se distribuyen dentro de los márgenes del espacio dado bajo estrictos criterios de orden; así dominan las simetrías y la equidistancia entre elementos. La sustitución del soporte plano por una superficie elaborada con pasta de papel, proporciona una textura rugosa de fuerte expresividad y el efecto palpitante que le aproxima a las calidades del pergamino. Pero además las referencias a estas manifestaciones artísticas del pasado se vuelven específicas; por ejemplo, cuando determinadas formas iconográficas casi llegan a identificarse con obras medievales, tal como sucede con los dos seres híbridos que vigilan desde la base de *El óvalo azul* (una especie de pajaros-serpientes) que remiten a la iconografía de los beatos mozárabes, o la cosmogonía de *La vida y El comienzo* cercano a las representaciones medievales de la Creación -pienso en el conocido tapiz de la Creación de la Catedral de Gerona.

El pasado es un contenedor sobre el que se han ido acumulando las referencias de la Historia. Ramiro Tapia retorna a los orígenes (*El comienzo*), recalca en el medioevo (*Vida monástica*), se sumerge en la incertidumbre (*Enigmas*) o en la efusión (*Laberintos de interior*); pasea sin rumbo fijo dejándose tentar por la energía de la imaginación, siempre modulada en su caso por el cauce de la razón. Por eso, estas imágenes son a un mismo tiempo fantasiosas y razonables, ya que describen universos cifrados, inabordables en primera instancia pero accesibles después, cuando comenzamos a vislumbrar el acervo cultural que las soporta: los símbolos revitalizados, una vez más, por mor de la capacidad inventiva del artista, así como la coherencia interna de los mismos: mundos que evocan en su propia realidad la nuestra. Convertirlos en protagonistas de sus pinturas implica su rescate, afirmando de facto su vigencia, haciendo patente su carácter evocador, pero por encima de todo estas visiones simbólicas no son sino una manera de ver e interpretar el mundo, no son en definitiva sino cosmovisiones.